

Humboldt, los piratas y el desastre en Venezuela

Gustavo Valle

A Vicente Troya

El 18 de noviembre de 1799, Alejandro de Humboldt partía en barco de las costas orientales de Venezuela hacia el litoral central. Su plan consistía en arribar al puerto de La Guaira y ascender por el pedregoso camino montañoso hasta la ciudad de Caracas. Después de hacer una navegación de cabotaje en sentido oeste, a lo largo de las costas del bravo mar de las Antillas, observó con estupor la aparición de las cumbres de esta serranía costanera (el Ávila), en cuyas faldas se refugia el agitado puerto de La Guaira: «Tan engrosada parece la masa de montañas cuanto por primera vez se la percibe del lado del mar, que creíamos ver los Pirineos o los Alpes, despojados de las nieves, alzándose del seno de las aguas». A juzgar por su fuerte oleaje, La Guaira venía a ser, más que un puerto, una rada. El desembarco de mercancía y las acciones propias de un puerto se realizaban no sin dificultad. Se trataba de un lugar más apropiado para la defensa y prácticas militares, que para el comercio y la tranquila navegación. Su estratégico emplazamiento, situado en la ladera de una colina regularmente fortificada, la protegía celosamente de los ataques desde el mar. Los tiburones abundaban en sus aguas, aunque el mismo Humboldt les otorga una actitud benévola e indiferente hacia los hombres de la zona que arriesgaban el físico bañándose en sus aguas.

Fundada presumiblemente por don Pedro de Osorio en 1587, La Guaira ofrecía un puerto seguro y próximo a la capital: «en buenas mulas no se gastaba sino tres horas para ir del puerto de La Guaira a Caracas». El proyecto de Humboldt (tan ilustrado y enciclopédico) era hacer un levantamiento científico de la zona, que incluyera registros termométricos, barométricos, topográficos, geológicos, astronómicos, botánicos, etc., todo esto bañado por las contingencias y placeres del viajero y la más viva y saludable curiosidad germana.

Para aquella época La Guaira era azotada por la mortífera fiebre amarilla, y entre los habitantes más ilustrados de la zona se debatía el origen de la temible enfermedad. Un grupo aseguraba que un navío americano había

traído consigo el mal. Se trataba de un bergantín venido de Filadelfia que había puesto al cuidado de los médicos españoles de La Guaira, un grupo de «americanos del norte, atacados de tifo». Otro grupo pensaba que la enfermedad, lejos de ser foránea, había nacido allí mismo, argumentando para ello una «alteración extraordinaria en la constitución atmosférica», causada por la crecida y desbordamiento del río de La Guaira: «Este torrente —apunta Humboldt—, que por lo general no tiene diez pulgadas de hondo tuvo, después de sesenta horas de lluvia en las montañas, una crecida tan extraordinaria, que arrastró troncos de árboles y masas de rocas de un volumen considerable. El agua medía durante la crecida de 30 a 40 pies de anchura por ocho a diez pies de profundidad. Suponíase que había salido de algún depósito subterráneo formado por infiltraciones sucesivas en las tierras movedizas y nuevamente desmontadas. Varias casas fueron arrebatadas por el torrente... Más de treinta personas perecieron».

La ingente cantidad de agua estancada a consecuencia de las lluvias y del aumento del caudal del río, provocaron la emanación de miasmas y gases tóxicos que pudieron haber acelerado el desarrollo de la fiebre amarilla en la zona. Además —observa Humboldt—, «reinan a menudo en Macuto y Caraballeda (poblaciones venidas de La Guaira) fiebres intermitentes, pútridas y biliosas». Humboldt estaba al tanto de los peligros de contagio y siguió los consejos de los lugareños que le indicaban dormir, no en La Guaira, sino «más arriba de la villa de Maiquetía»: lugar donde los vientos más templados esparcen y difuminan posibles aires miasmáticos, nauseabundos.

La estancia de Humboldt en La Guaira y sus alrededores fue de un poco más de dos meses, a juzgar por las cartas que envía antes y durante su estadía. En una de ellas, dirigida al barón von Zach, y fechada en Cumaná el 17 de noviembre de 1799, anuncia su salida al puerto de Caracas para el día siguiente. En otra, fechada en La Guaira el 5 de pluvioso, año VIII (calendario republicano francés), y dirigida a A. F. Fourcroy, anuncia su pronta salida hacia Caracas por temor al contagio. Es decir, en poco más de dos meses, Humboldt no se contagia de una fiebre amarilla inevitablemente mortal, pero gracias a esta viva preocupación nos legó el relato¹ de un desastre natural de características casi idénticas al sufrido recientemente en la misma zona. El río que menciona Humboldt con el nombre de La Guaira, corresponde a la pequeña quebrada Osorio que atraviesa con su hilo de

¹ La tragedia que relata Humboldt ocurrió exactamente a mediados del mes de febrero de 1798. Las autoridades coloniales de turno prepararon un detallado expediente al Alto Tribunal de Caracas, que fue a reposar en los Archivos Nacionales hasta el 19 de enero de 1939, fecha en que Andrés Hernández Pino publica una copia en su columna «Divulgaciones Históricas del Archivo Nacional», en el periódico *El Universal de Caracas*.

agua todo el casco antiguo de la ciudad, y que crece de forma sorpresiva y descomunal cuando las lluvias descargan largamente en las montañas.

El relato de Humboldt guarda similitudes francamente sorprendentes con la tragedia ocurrida el mes de diciembre de 1999: largas horas ininterrumpidas de precipitaciones; troncos de árboles y grupos de rocas gigantescos que bajan desde el cerro del Ávila hasta las poblaciones costeras; grandes masas de agua depositadas en el seno de la montaña arcillosa que, como si se tratara de la rotura de un dique, se arrojan desde lo alto; casas arrancadas de raíz y sepultadas por el lodo. Incluso el número de muertos a causa del desastre es en algo equivalente al actual. Humboldt habla de 6000 a 8000 habitantes para la época, y en su relato registra 30 muertos. Es decir, hablamos de cerca de un 1% de la población.

Siendo uno de los principales puertos del país, a través de la Guaira no sólo llegaron alimentos, herramientas, enseres y productos diversos provenientes de Europa, sino también las noticias y los libros generados por el pensamiento republicano francés, que traían la doctrina y la esperanza de la emancipación a una clase criolla boyante en lo económico pero ignorada y marginada en los asuntos políticos. Así La Guaira, a través del concurso de ilustrados lugareños como José María España y Manuel Gual, fue el primer enclave libertario organizado de Venezuela (e incluso de América)², hasta el punto de trazar una inteligente estrategia de rebelión a nivel nacional, con la participación y el apoyo de un gran número de personas influyentes. La conspiración, sin embargo, fue descubierta poco antes de llevarse a cabo, y ambos «protomártires de la independencia» (romántico nombre que la historia les ha obsequiado) fueron pasados, de inmediato, por las armas. A José María España le deparó un final espantoso: fue sentenciado a la horca «y ser arrastrado a la cola de una bestia de albarda y después de muerto a ser descuartizado, poniendo su cabeza en una jaula de hierro a la entrada de la Guaira, y sus cuartos a la del pueblo de Macuto». En el embargo practicado en la casa de España, se encontró una vasta biblioteca en diversos idiomas y más de ochenta legajos escritos de su puño y letra.

En 1585, el temible Sir Francis Drake se apoderó de la ciudad de Santo Domingo y la saqueó. Luego repitió en la hermosa Cartagena de Indias, quedando el puerto de Caracas (La Guaira) en Venezuela como próximo y

² Muchos historiadores coinciden en ver este movimiento de Gual y España como el verdadero primer movimiento independizante de América con características revolucionarias, propagación de su doctrina, promulgación de constituciones, creación de banderas, participación de amplios sectores de la vida nacional, y la declaración expresa de libertad, igualdad y fraternidad.

apetecible botín. En la ciudad capital la alarma estaba dada, y sus gentes andaban muy inquietas por el peligro inminente. Era época en que piratas y filibusteros azotaban a placer las costas del mar de las Antillas. Imagino al duro de Drake deambulando su crueldad con elegancia, como si se tratase de un Burt Lancaster sobre la proa del *Bourford*, o algo parecido. El despiadado Capitán Flint de *La isla del tesoro* escogió «frente a Caracas» el lugar donde enterrar su cuantioso botín. La mitología filibustera es rica, y la zona del Caribe será para siempre una inmejorable locación cinematográfica³.

Una joyita titulada *Diario de la expedición de la Guaira y Puerto Cabello, bajo el mando del comodoro Charles Knowels*, relata el ataque de una escuadra inglesa de 19 naves al puerto de La Guaira. La narración es inquietante y hermosa. Las órdenes de Knowels eran las de tomar el puerto y «librar a sus habitantes de la tiranía de la Compañía española Guipuzcoana»⁴. En realidad eran piratas profesionales al servicio de la corona británica muy fuertemente armados, con barcos de gran envergadura de más de 70 cañones. Todo comenzó a las seis de la mañana del 2 de marzo de 1743, siendo la plaza de la Guaira defendida por el comandante de la guarnición don Mateo Gual y Pueyo (abuelo del «protomártir» Manuel Gual). Para comunicar la alarma a la capital, primero se escucharon dos disparos de cañón en el baluarte de la Caleta (La Guaira), que a su vez fueron repetidos por los cuerpos de guardia de Torrequemada, la Venta, la Cumbre y el Castillito, hasta llegar la noticia a Caracas: «escuadra enemiga a la vista en el puerto». Se trataba del telégrafo de artillería que advertía a los habitantes de la capital sobre cualquier peligro y riesgo venido del Caribe. El relato es, en el fondo, el de una «gloriosa» victoria por parte de las gentes del puerto venezolano luego de 5 días de fuego cruzado e intenso. Imaginemos 19 naves inglesas alineadas estratégicamente, escupiendo «balas de libra y media, bombas comunes, bombas incendiarias y granadas», hasta sumar más de nueve mil disparos sobre el pequeño poblado de La Guaira. Las bombas incendiarias hicieron estragos en un edificio cuyo almacén albergaba 100 quintales de pólvora. Una bomba destruyó los cañones del fuerte San Gerónimo, y ya los ingleses comenzaban a dar gritos de victoria. Sin embargo, la agitación de las aguas del puerto jugó a favor de los de tierra,

³ La fama de Sir Francis Drake era tan grande, que todo pirata inglés que rondara las costas venezolanas era confundido con él. Así, el cronista español Oviedo y Baños le atribuye a Drake la toma de La Guaira y Caracas, cuando en realidad se trató del capitán Amyas Preston, quien llegó a Venezuela con la primera expedición de Sir Walter Raleigh.

⁴ Esta compañía comercial vasca monopolizó los intercambios comerciales de Venezuela durante los años de la colonia. Su instauración fue pieza fundamental para acabar con el contrabando de los corsarios holandeses y la desatada piratería en el puerto.